

FORMAS DE CITACIÓN IMPLÍCITA  
EN LOS TEXTOS PERIODÍSTICOS:  
ENTRE EL USO Y LA MENCIÓN

por  
ELENA MÉNDEZ G<sup>a</sup> DE PAREDES

1. Dentro de las nuevas corrientes de la lingüística, el conocimiento de los trabajos de M. Bajtin y V. Voloshinov atrae la atención sobre el problema de la unicidad del discurso, pues si el individuo en el transcurso de su socialización aprende una lengua, es a través de las palabras de otros que aprehende y usa como suyas. Todo discurso tiene una deuda contraída con otros discursos (es producto del interdiscurso, remite por fuerza a otros anteriores sin los cuales no puede ser entendido), y el hablante la tiene con la tradición, en el sentido de que más que hablar "es hablado".<sup>1</sup> A esto es a lo que J. Authier-Revuz ha llamado la *heterogeneidad constitutiva* del discurso, algo que, como se ve, es inherente al uso, a la apropiación de la lengua por el individuo, y que, pese a su heterogeneidad, no parece alterar la unicidad aparente del hilo del discurso.

<sup>1</sup> Cfr. J. AUTHIER-REVUZ, "Hétérogénéité(s) énonciative(s)", *Langages*, 73, 1984, págs. 98-111. En este trabajo se rebate el fundamento de la subjetividad clásica que entiende el *Yo* como un interior enfrentado a un exterior, y se pasa a la concepción del sujeto como algo constitutivamente heterogéneo, pues está integrado por *el Otro*, del que se distancia y se autoafirma, mostrando intencionadamente un discurso heterogéneo del que se distancia.

De esta apropiación de lo ajeno podemos ser verdaderamente conscientes, o hacerlo de forma rutinaria, sin percibir la deuda que tenemos contraída con los demás. El resultado es totalmente distinto, pues el enunciado de las apropiaciones inconscientes es un todo compacto, resultado de amalgamar la tradición en nuestros discursos y hacerla nuestra, mientras que en las apropiaciones conscientes no hay amalgama sino penetración de unas estructuras en otras, como si estuvieran engastadas, pero diferenciables, aunque no siempre sea fácil esta operación, porque entre el discurso propio y el discurso atribuido a otro hay una interacción dinámica de la que pueden resultar dos estilos diferentes: el *lineal*, la interacción apunta a conservar la autenticidad del discurso originario; y el *pictórico*, las fronteras entre ambos discursos desaparecen porque el contexto transmisor se esfuerza en ello. Esta idea de los estilos *lineal* y *pictórico*, que le sirve a V. Voloshinov<sup>2</sup> para distinguir distintas modalidades dentro de los tradicionales estilos directo e indirecto, pueden servir también para caracterizar lo que J. Authier-Revuz denomina *formas de la heterogeneidad mostrada* o *connotación autonímica*.<sup>3</sup>

Dicho con otras palabras, el sujeto locutor, cuando habla, puede, además de apropiarse inconscientemente de las palabras de los otros, atribuírselas explícitamente a otro en una forma de cita expresa (por ejemplo, mediante las clásicas formas del discurso referido y sus variantes sintagmáticas: discurso directo, indirecto, indirecto libre, etc.), pero también, de

<sup>2</sup> Cfr. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, págs. 160-165.

<sup>3</sup> Cfr. "Les formes du discours rapporté. Remarques syntaxiques et sémantiques à partir des traitements proposés", en *DRLAV*, 17, 1978, págs. 1-87. Y "Hétérogénéité montrée et hétérogénéité constitutive: éléments pour une approche de l'autre dans le discours", en *DRLAV*, 26, 1982, págs. 91-151. Así como el artículo anteriormente citado de *Langage*.

forma no marcada sintácticamente (no hay verbo de comunicación, ni mención del sujeto a quien se atribuye algo, ni otros elementos que permiten diferenciar claramente lo ajeno). A esto es a lo que se llama cita no expresa. En estos casos, se convoca al otro implícitamente, inscribiéndolo dentro del discurso sin alterar para nada su continuidad sintáctica, pero distanciándose de ese decir ajeno mediante otros recursos lingüísticos, no propiamente sintácticos, que tiene a su alcance: marcas tipográficas en lo escrito, cambios de entonación en lo hablado, remedos o imitaciones de modos de hablar, o simplemente mediante la incorporación de variantes dialectales o sociolectales que no son propias del sujeto que habla:

Misoginia, racismo y fachismo campan por sus respetos en Torrente. Lo que supone toda una catarsis para la mayoría del público, acostumbrado a comedias enredosas donde *to er mundo e güeno*<sup>4</sup> (*Fotogramas*, mayo 1998, 186).

En estos casos, no hay cita expresa, porque no hay atribución de un acto enunciativo a un sujeto concreto, sino interpretación de un acto de decir tan ajeno que puede, incluso, diluirse en la colectividad:

El *infierno* se llenó de diminutos demonios bien agarraditos a las manos de sus papás, enviados al primer claro por las mamás, quienes encontraron en las cortas escampadas inmejorable excusa para descansar de tanto niño-no-juegues-con-el-barro. (*El País*, 28-4-95, 4 *Andalucía*).

Así ocurre con la primera de las secuencias marcadas: *calle del infierno* remite a una tradición localista, pues es como

<sup>4</sup> Como la cursiva y las comillas pueden estar en el texto original, he preferido, para evitar ambigüedades, subrayar el fragmento textual que se va a analizar.

popularmente se conoce la zona que en la Feria de Sevilla se dedica a las atracciones mecánicas, de forma que, cuando el periodista lo marca tipográficamente en el texto mediante cursiva, lo que hace es delimitar el espacio intertextual en que opera la secuencia, separando lo que pertenece a quien escribe como propio y lo que se remite al exterior de su discurso como ajeno y busca allí su interpretación. Obsérvese, en cambio, que pese a estar usando *demonios* en sentido figurado no se hace explícito ningún tipo de heterogeneidad discursiva, aunque esa irradiación metafórica tenga su origen en un elemento marcado (*infierno*). Esto es así porque quien escribe asume esa metáfora como propia y se reafirma en su decir por contraste con lo anterior.

También se remite al exterior del propio discurso el fragmento *niño-no-juegues-con-el-barro*, diferenciado del resto mediante guiones. Este rudimento tipográfico, que puede servir en ocasiones para evocar algún efecto de pronunciación (énfasis, tiempo de elocución, etc.), funciona aquí como *mención de un modo de hablar*; y subrayan en el discurso un fragmento que actúa como estereotipo, como una especie de frase hecha, emitida por ciertas personas (en este caso por las madres. Se trata, pues, de un patrón ideológico) y que se repite o puede repetirse cíclicamente en determinadas situaciones. La efectividad que se consigue con el empleo de este recurso es evidente: se usa lo ajeno como si fuera propio para hablar del mundo (es decir, hay apropiación para construir un discurso coherente y adecuado a lo que se quiere decir) y, además, se exhibe, se realza como ajeno<sup>5</sup> para mostrar la distancia (como

<sup>5</sup> Cfr. G. REYES, *Procedimientos de cita: citas encubiertas y ecos*, Madrid, Arco/Libros, 1994. Véase también "la cita en español: gramática y pragmática", en *Gramática del español* (V. Demonte ed.), El Colegio de México, 1994, págs. 591-627 (especialmente las págs. 594-598).

de visión no compartida en su totalidad) que voluntariamente se establece con él. Esas marcas tipográficas manifestadas en los textos apuntan a una heterogeneidad del discurso (de ahí su nombre: *formas de heterogeneidad mostrada*), pues son un medio concitar voces distintas en el texto, son una forma de polifonía y, por tanto, una forma de citación.

1.1. Los mensajes polifónicos son doblemente expresivos, pues en lo dicho se aúnan la expresividad propia que le confiere el sujeto locutor del discurso y la que le proporciona lo ajeno que asoma en el texto con un estatuto diferente (pues se trata de un fragmento de otro enunciado que por fuerza ha de remitir a otra situación enunciativa distinta). Ese es, precisamente, el efecto de sentido que se quiere resaltar con el término *connotación autonómica*,<sup>6</sup> empleado por J. Authier-Revuz, que sigue en ello a J. Rey-Debove.

Este actuar supone un desdoble enunciativo por parte del productor del discurso que se traduce en una especie de interferencia discursiva (en muchos casos es simplemente una interferencia léxica). Es decir, en determinadas situaciones comunicativas a un sujeto locutor le interesa hacer dejadez de su función de enunciador y presta su enunciación para que otro se enuncie y lo haga por él. No se puede hablar de que haya atribución explícita a un sujeto concreto (no hay cita en el sentido canónico que se le da a este término), puesto que ese otro que emerge del texto, el enunciador, en realidad no habla (lo sigue haciendo el sujeto locutor), sino más bien muestra un punto de vista distinto, lo que le permite a la vez afianzarse en su propia función de locutor.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Cfr. art. cit. *DRLAV*, 1978 y *Langage*, 1984.

<sup>7</sup> Cfr. la idea de O. DUCROT, que amplía la noción de acto de lenguaje, es la de que el locutor puede hacer de la enunciación una suerte de representaciones en las que se da la palabra a diferentes enunciadores, ...

La polifonía es, pues, una estrategia discursiva que tiene como fin reafirmar como locutor al emisor de un mensaje: la doble enunciación permite usar “como de prestado” ciertas expresiones y distanciarse de ellas. Esto es, la polifonía aúna uso y mención en un mismo acto de decir. Por eso, tras una cita no expresa, tras una interferencia discursiva, siempre se pueden añadir ciertas secuencias que sirven como paráfrasis de lo implícito, del tipo: *como se conoce en Sevilla a la calle..., como dicen las madres en esta situación* (ambos posibles en el ejemplo citado); o muchas otras, *como se dice ahora, por utilizar un término técnico, sin querer parecer pedante, como diría mi abuela, por decirlo pronto y mal, diciéndolo a la pata la llana, hablando sin formalismos, coloquialmente, etc.*<sup>8</sup> La variedad terminológica con la que se conoce a esta estrategia discursiva depende de la cualidad que se quiera destacar. Cita implícita o no expresa resalta que es una forma de mención. Connotación autonímica, el efecto de sentido y la expresividad con la que se carga la secuencia. J. L. Rivarola y S. Reisz lo llaman *estilo pseudo directo*,<sup>9</sup> término justificado,

(Cont.) pero tiene que perderse toda marca de transmisión, no puede aparecer como mención de otro, sino como resultante de la enunciación misma. La ironía, como una forma de polifonía, es la que mejor explica este desdoblamiento del locutor en enunciadores distintos, pues es: “hacer decir a alguien distinto del locutor cosas insostenibles en esa situación discursiva, para a continuación oponerle lo contrario. Se trata de hacer oír una voz que no es la del locutor y que sostiene lo insostenible”. *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*, Barcelona, Paidós, 1986, pág. 215.

<sup>8</sup> Cfr. Para AUTHIER-REVUZ, *cfr. art. cit., DRLAV*, 1978, págs. 70-71, este tipo de coletillas que califican modos de hablar pueden utilizarse tanto en lo oral como en lo escrito para marcar una distancia enunciativa, por ejemplo: *Los cacharritos, o las calesitas, como se conoce también a este estruendo de sirenas... (El País, 28-4-95, 4 Andalucía)*

<sup>9</sup> Vid. J. L. RIVAROLA, “Signos del discurso referido”, *Signos y significados. Ensayos de semántica lingüística*, Pontificia Universidad Católica de Perú, 1991, págs. 129-160.

porque no se trata de fragmentos de un verdadero discurso, “sino tan sólo patrones verbales y/o ideológicos característicos de ciertos tipos humanos o de ciertos grupos sociales. Estas quasi-citas pueden ser presentadas a través de marcas específicas o por medio de recursos extrañantes que tienen por objeto ponerlas bajo una luz irónica, sugerir una crítica ideológica, llamar su atención sobre su carácter estereotípico o convertirlas en parodias de usos idiomáticos, modas expresivas, etc.”. También V. Voloshinov habla de que existe una forma de discurso que tiñe de connotaciones ajenas el contexto autorial (por contexto autorial puede entenderse aquí el discurso propio), hasta el punto de “que puede empezar a sonar a discurso ajeno”, es la modalidad que llama “*discurso anticipado y disperso, oculto* en el contexto autorial”,<sup>10</sup> que no es más que un tipo de interferencia discursiva, esto es, una cita implícita.

2. Ya se ha dicho que en la lengua oral lo ajeno emerge y se destaca del hilo del discurso porque se marca mediante recursos prosódicos que lo aíslan y lo hacen aparecer como tal (cambios de entonación, remedos de modos de hablar, etc.). Sin embargo, en lo escrito no siempre suele estar marcado tipográficamente, por lo que el reconocimiento descansa en la intuición pragmática del destinatario o depende de las conexiones intertextuales que éste pueda establecer, por lo que, a veces, la polifonía puede quedar oculta. Como ocurre, por ejemplo, en el primero de estos dos ejemplos casi idénticos:

*Lágrimas negras* por la muerte de Ricardo Franco (*Diario de Andalucía*, 22-5-98, 45).

<sup>10</sup> *El marxismo...*, pág. 179.

“*Lágrimas negras*” por Ricardo Franco (*El Mundo*, 22-5-98, 50).

O en el siguiente texto que pertenece a una columna de la periodista Maruja Torres. En él el lector se encuentra con una secuencia que no está marcada tipográficamente en el original, pero remite a algo ajeno que implica un saber textual, un conocimiento del mundo que la carga de connotaciones:<sup>11</sup>

Herodes regresa puntualmente en estas fechas que, por ventura, hemos dejado atrás. En la última edición, la masacre de niños corrió a cargo de todos y cada uno de los canales televisivos que, sucesivamente, día y noche e *impasible el además*, convirtieron a los santos inocentes, con la complicidad de sus degradados padres, en una especie de enanos [...] redichos y recargantes, patéticas copias de los patéticos modelos de adulto que los programas proponen (*El País*, 10-1-96, 56).

En efecto, cualquiera que recuerde una parte de la historia de España no muy lejana, es capaz de desgajar ese *impasible el además* del resto del texto y entender que se usa y, a la vez, se menciona con una actitud crítica y burlona, pues con él resuenan ciertas estrofas del himno falangista *Cara al sol* que nos llevan a un pasado franquista y dictatorial.

Tampoco aparece marcado tipográficamente el siguiente fragmento con el que comienza una entrevista al cantante Raphael, pero como la interpretación de un texto exige su contextualización, esto es, la relación del texto con el mundo, es ese conocimiento que tienen los lectores lo que les permite hacer las conexiones intertextuales pertinentes y reconocer las implicaciones ajenas encubiertas, pues es como si las palabras

<sup>11</sup>De hecho, la mayoría de mis alumnos de periodismo fue incapaz de reconocer una forma de mención.

figuraran en dos contextos distintos, se da la conjunción de dos actos de habla dentro de la linealidad del discurso, el propio de la periodista y el de la canción de Raphael *Yo soy aquel*:

*Él es aquel* cuyas canciones nos llegan a través del tiempo, *aquel* que por las noches enciende con su voz las velas luminosas de los recuerdos, *aquel* que va llenando de sueños las grietas de la vida, *aquel* que ha ido entretejiendo nuestra hispánica sociología de la música de recalcitrantes misterios; el que aún hace temblar de nostalgia a esas parejas a las que se le ha quedado petrificado el corazón [...] *Él es aquel* que ha conseguido mantenerse en la cima resbaladiza del éxito, hielo y miel [...] El que sigue triunfando, *digan lo que digan los demás* (*Blanco y Negro*, 29-1-96, 44).

En general, suele decirse que cuando en un discurso una forma fónica, morfológica o léxico-semántica contrasta con las otras y rompe la isotopía discursiva, se crea un efecto de sentido que puede interpretarse como una cita implícita que, gracias a la intuición pragmática del destinatario y al análisis que hace del discurso a partir de sus conocimientos extralingüísticos podrá ser reconocida como tal (esto puede aplicarse al primer ejemplo de *lágrimas negras*). Si bien, el riesgo de estas citas no expresas y no marcadas es que pueden quedar sin reconocer.

Esto es lo que puede ocurrir en un ejemplo como el siguiente, extraído de una reseña a una obra, *Conversaciones con Tabucchi* de Carlos Gumpert:

*Sostiene* el italiano Antonio Tabucchi que no es un escritor profesional, que tiene una concepción romántica de la escritura; desdeña los congresos de escritores, éstos sólo intercambian banalidades y lugares comunes, *sostiene*. (*El País*: 30-10-95, *Babelia* 12).

Un lector poco avezado en cuestiones literarias puede observar ciertas "anomalías discursivas", subrayadas en el análisis. El reseñador utiliza dos veces la forma *sostiene* como verbo introductor de los actos de habla que refiere. Es decir, sin aparente necesidad, emplea un decir marcado que aporta una información suplementaria al mero acto de decir. *Sostener* es un tipo de verbo contextual, pues tiene como función semántica relacionar el discurso reproducido con otros enunciados que le preceden y que presuponen la falsedad de algo dicho anteriormente, obligando con ello al locutor a mantener lo dicho. Es decir, *sostener* es un verbo cuya elección uso implica que un discurso da réplica a otros, reafirmandose en algo ya dicho. Por eso puede parecer en un principio "anómalo" ese empleo de *sostiene* en el ejemplo que se comenta, pues es difícil darle tal significado operando sólo intratextualmente. Ahora bien, como todo acto de comunicación se mide en términos de intenciones, y los destinatarios presuponen que quien comunica va a colaborar siempre ofreciéndonos aquello que para nosotros sea más relevante,<sup>12</sup> eso es lo que moverá a los lectores a buscar su sentido fuera del propio texto, si es que éste no se lo proporciona: se trata de un *sostiene* ajeno que connota y se interpreta intertextualmente, pues activa en la conciencia del lector de periódicos el recuerdo de la obra de Tabucchi *Sostiene Pereira*. Evidentemente, si se desconocen esos datos, por mucho que contraste la secuencia y rompa la isotopía discursiva, bien pasa inadvertida, bien se interpreta, a lo sumo, como un fallo de redacción, una reiteración no justificada que atenta contra la variación estilística. De todos modos, parece que es rasgo casi inherente a los textos periodísticos intentar deshacer cualquier tipo de ambigüedad enunciativa

<sup>12</sup> Cfr. D. SPERBER y D. WILSON, *La relevancia*, Madrid, Visor, 1994, pág. 63.

por lo que, a veces, el propio texto suele proporcionar, aunque sea catafóricamente, la interpretación de las secuencias no marcadas, cuyo sentido corría el riesgo de perderse. Tal es el caso del ejemplo que se está analizando: su autor, al final del texto, no puede por menos que hacer referencia a esta obra:

De esta novela y de las otras, como esa espléndida *Sostiene Pereira*, habla largo y tendido, y de literatura y de lo demás. (*Id.*)

3. La cita no expresa o *connotación autonímica* suele manifestarse con inusitada frecuencia en la organización textual de los géneros periodísticos (hasta el punto incluso de afectar también a ciertas formas del discurso indirecto: los llamados indirectos miméticos). Como se ha señalado, el periodista-redactor parece querer desprenderse de su responsabilidad enunciativa y elige para construir su discurso modos de hablar que no le pertenecen y de los que se distancia, a la vez que atribuye como tales modos de hablar al otro. Las estrategias a las que acude para mostrarlo son diversas: coletillas que califican ciertos modos de decir, medios tipográficos (comillas, negrita y cursiva principalmente). Veamos la continuación del ejemplo anteriormente citado de Maruja Torres:

Únase a todo ello el empacho de vocabulario: mágico, sueños, y qué bonito, pero qué bonito eran deposiciones que caían sin cesar del jetamen de los-las presentadores-ras, por llamar de alguna manera a estos oficiantes de horror... (*El País*, 10-1-96, 56)

en el que se puede observar, dentro de un contexto amplio de discurso referido (unos actos de habla que, como tales, constituyen el tema de lo tratado en este enunciado), otros puntos de vista que quien escribe no comparte. La distancia enunciativa

permite evaluarlos, y el resultado es una actitud sarcástica y mordaz favorecida por el contexto lingüístico general: *deposiciones, jetamen, empacho*. Pero, además, se distancia de unos usos muy de moda entre ciertos grupos: obsérvese que la frase-coletilla *por llamar de alguna manera...* no sólo está evaluando lo apropiado del término *presentador*, sino que califica a modo de parodia una forma de mención, *los-las* y *presentadores-ras*, que connota ciertas pautas lingüísticas, tenidas como “políticamente correctas” y que, a la vista de lo que ocurre en el resto del texto, en el que es normal el empleo del masculino englobador (*niños, padres, enanos*), Maruja Torres parece no compartir.

3.1. En términos generales, puede decirse que varias son las funciones de estas marcas en el texto periodístico, una de ellas es ironizar o sugerir una crítica ideológica, algo más propio de los artículos de opinión o de los columnistas, pero que también se observa en textos propiamente informativos, pese a los principios de objetividad y neutralidad informativas que se recomiendan para estos géneros:

“*Silenciosa*” escalada de precios. Este fin de semana se registró una nueva escalada “*silenciosa*” de precios en la mayoría de los productos básicos. (Veracruz: *El Dictamen*, 23-11-92, A1).

El pasado 11 de diciembre, Gómez de Liaño volvió a la carga. Una coza al juez y a los peritos en forma de escrito. Según decía, se les debía exigir el informe inmediatamente. Estos hombres corporizaban “el acaparamiento (Liaño *dixit*) de la instrucción por el Banco de España”. (*El País*, 28-12-95, 45)

En este último ejemplo, el inciso<sup>13</sup> *Liaño dixit* no trata, como en otros casos, de resolver la ambigüedad de la responsabilidad informativa, pues Gómez de Liaño aparece ya en el contexto como sujeto a quien atribuir lo que se encierra entre comillas, sino que actúa como forma de distancia que exhibe un modo de hablar ajeno con intención malévolamente y burlesca caracterizarla como un forma de hablar rotunda, campanuda; mostrarla como un ‘ha dicho y no hay más que hablar’. El propio contexto introductor lo facilita: *Una coza al juez...*

3.2. En los textos periodísticos, la función que se reconoce como la más propia de la heterogeneidad marcada es la actuar como garantes de la responsabilidad del periodista, en una especie de “esto no lo digo yo” que, en determinados contextos suele ser interpretado por el lector como “éstas son palabras textuales de X” (la comillas ayudan a crear esta ficción de literalidad y parecen actuar como lacres que protegen la fidelidad de lo dicho), pues los textos periodísticos suelen proporcionar indicios externos que facilitan la atribución de lo implícito, bien porque todo el artículo sirve de contexto reproductor, bien porque esta forma de citar se entremezcla con otras citas expresas. Por otro lado, no hay que olvidar que, esas marcas de heterogeneidad entendidas así consolidan ese principio de objetividad, postulado machaconamente en todas las escuelas de periodismo, y que actúa como fórmula de conjuro sobre la

<sup>13</sup> La propia estructura parentética puede tener como función discursiva hacer asomar formas de polifonía: *Modelito deslumbrante (bueno, del año pasado que no veas por dónde andan los precios de los trajecitos)*, (*Gaceta Universitaria*, 9-3-98, 21). Esto, al menos, es lo que se desprende de las investigaciones que en este terreno está haciendo C. FUENTES RODRÍGUEZ de la Universidad de Sevilla.

conciencia del periodista. A esto creo que se debe el abuso de las comillas que salpica y afea la redacción de muchos textos periodísticos. Este uso espurio y redundante va acompañado de un escaso rendimiento como estrategia discursiva de la cita implícita, a la vez que pone de manifiesto la inseguridad enunciativa del periodista, es decir, su escasa madurez discursiva.

Zarriás que calificó como “golpe muy duro” la muerte de Manuel, dijo a Efe que había expresado a la familia “su más sincero pésame” que había puesto a su disposición todos los mecanismos para el traslado del cadáver a Sevilla (*El Correo de Andalucía*, 30-10-97, 9).

El fragmento destacado no puede interpretarse nunca como literal, porque ha habido un reajuste de las formas pronominales (la primera persona que alude a la persona que habla, se ha cambiado a la tercera persona, de quien se habla, en este caso Zarriás). Por otra parte, *expresar su más sentido pésame*, es una fórmula hecha que pertenece a la tradición, no está marcada idiomáticamente, ni socialmente, ni ideológicamente, por lo que no es operativo exhibirla como ajena. No se entiende por qué el redactor se ha distanciado voluntariamente de ella.

Tampoco, creo, hace falta insistir en lo ajeno de ciertas expresiones cuando se integran en un contexto muy amplio de discurso referido, salvo que con las marcas se quiera sugerir una crítica a lo dicho por el otro, o marcar cierto énfasis de origen. No parece ser éste el caso de las marcas tipográficas del ejemplo siguiente, que lo único que hacen es delatar impericia por parte de quien escribe:

En este sentido, Magdalena Álvarez rechazó, frente a las críticas del PP, que el proyecto de Presupuestos “hipoteque” el

futuro de Andalucía por el aumento del nivel de endeudamiento, ya que se realiza “dentro de las posibilidades” de la comunidad autónoma. Según dijo, este incremento ha venido “forzado” porque el Gobierno de la Nación ha reducido “de forma muy importante” las inversiones en infraestructuras y los fondos que corresponden a Andalucía por financiación Autonómica y que se destinan “obligatoriamente” a inversiones en infraestructuras y a la construcción de colegios y hospitales. (*El Correo de Andalucía*, 30-10-97, 15).

De los fragmentos subrayados, sólo dos pueden tener una intención enunciativa clara: *hipoteque*, implica un decir anterior al que se da réplica por parte de la consejera y *obligatoriamente*, puede marcar un énfasis de origen. El resto es inoperante como estrategia discursiva y sólo obedece a la aplicación sin excepción de falsillas redaccionales mal aprendidas.

3.3. Como se ha dicho ya, dentro de las convenciones periodísticas las comillas tienen como función la delimitación de palabras textuales, esto es, con ellas se marca conscientemente la presencia del otro en el discurso. Pero, a veces, el periodista elige entrecomillar cierto elemento discursivo porque esté asimismo marcado en origen. Es decir, el periodista se hace eco o portavoz de un uso extrañante previo y por eso interesa marcar la distancia enunciativa. Hay en estos casos una doble autonomía, que sólo puede reconocerse a partir de los conocimientos comunes compartidos por los interlocutores, o inferirse a partir del cotejo de textos. Así, cuando varios diarios coinciden en marcar un elemento léxico como punto de interferencia discursiva, pueden estar analizando de la misma manera la situación enunciativa que refieren, aunque el lector sólo es capaz de reconocer el sentido de tal análisis si ha tenido acceso por otros medios a la situación enunciativa que



se refiere (suele ser bastante frecuente reconocer modos de hablar porque con anterioridad se han escuchado las noticias en la radio o la televisión y se ha tenido acceso al discurso original). En caso contrario es incapaz de reconocer la intención que subyace al término literal y la connotación se pierde. En el siguiente ejemplo dos diarios distintos coinciden en marcar el mismo elemento discursivo:

El secretario general del partido, Francisco Álvarez Cascos, alertó del peligro que suponen "las camarillas" dentro de los partidos... (*El Correo de Andalucía*, 22-1-96, 15).

Ante más de 3.000 compromisarios enfervorizados, Francisco Álvarez Cascos lanzó una llamada de atención para evitar "las camarillas", ahora que se siente en el partido la proximidad del poder. (*El País*, 22-1-96, 1)

La noticia del día es la clausura de un congreso del PP, ambos periódicos refieren el mismo acto de habla: la intervención de Álvarez Cascos ante la concurrencia, y ambos destacan como palabra textual la misma, *las camarillas*, que, automáticamente, remite a la situación enunciativa originaria, la de Álvarez Cascos, a la vez que comporta en el texto periodístico la expresividad originaria, por ejemplo, el retintín con que se habló de *las camarillas*. Actitud que otro periódico del día se aprestó a recoger:

El secretario general del PP advirtió que "vamos a comprometernos a desterrar las "bodeguillas" [en clara alusión a Felipe González], quiero decir las "camarillas", y vamos a desarrollar y aplicar un modelo de relaciones... (*ABC*, 22-1-96, 18).

El reconocimiento de la expresividad originaria pasa por el hecho de que lector y periodista compartan las mismas refe-

rencias, o bien éstas puedan ser rescatables por el contexto o, como en este caso, por el cotejo textual. De no ser así, la intención comunicativa, lamentablemente, se pierde.

4. Como las citas implícitas tienen por objeto mostrar actitudes hacia determinados comportamientos ajenos que no son siempre identificables, clasificar las intenciones comunicativas que tiene el periodista cuando muestra un discurso heterogéneo no es fácil. Son tantos los motivos (a veces pueden confluír y solaparse varios motivos a la vez) que cualquier asomo de exhaustividad sería pretencioso. Pero además daría una imagen errónea de lo que es en sí misma la cita no expresa: un punto de ambigüedad discursiva que puede tener como origen cierta inseguridad lingüística por parte del locutor, si bien éste se cura en salud, y al marcar su distancia respecto a ciertos elementos de su discurso, se reafirma como locutor. Por esta razón se mencionarán sólo los factores más evidentes que mueven a los periodistas a una ruptura de su isotopía discursiva.<sup>14</sup>

Como una gran parte de la actividad periodística consiste en reproducir y comentar lo que personas de relevancia social dicen (hay quien ha llegado a definir la vida pública en nuestra sociedad actual como una gigantesca red de actos de habla), lo más frecuente es que las marcas tipográficas se empleen para exhibir un patrón verbal adscribible fácilmente a una persona o a un grupo social y mostrar una actitud hacia él (ironía, burla, asentimiento, constatación, devoción, indignación, etc.). Dicho patrón puede ser caracterizable como *modo de hablar*

<sup>14</sup> Para ello se han recogido las interferencias tipificadas por J. AUTHIER-REVUZ en sus artículos ya citados, así como la clasificación propuesta por M. FERNÁNDEZ LAGUNILLA y C. PENDONES en "Recursos polifónicos del narrador en el discurso periodístico", *RFR*, 10, Madrid, 1993, págs. 285-294.

de: la clase política, elementos marginales de la sociedad, de la juventud, del estamento religioso, de grupos feministas, etc. Por eso, no debe extrañar que en ocasiones sean verdaderos latiguillos que, a fuerza de repetirse, terminan por quedar fosilizados aunque la normalización del uso no se haya consolidado. Precisamente ésa es la causa por la que el periodista marca con los recursos tipográficos de que dispone una distancia cautelosa: *deuda histórica, realineamiento de la peseta, ley de punto final, el arrepentido* Ricardo Portabales, y otros muchos ejemplos más, en tanto que esas denominaciones sólo pueden ser entendidas dentro de la actualidad del momento.

El jefe del gobierno de Argelia —un diplomático de prestigio internacional considerado como un “profesional del diálogo” tal y como puso de manifiesto su mediación en el conflicto entre Irán y los Estados Unidos... (*El País*, 20-12-93, 8).

Lola [transexual], que se considera una mujer de cuerpo y alma, forma parte de un “subgrupo del principal” que apenas alcanza el 1% del total. (*El País*, 21-3-94, 27).

Únase a todo ello el empacho de vocabulario: mágico, sueños, y qué bonito, pero qué bonito eran deposiciones que caían sin cesar del jetamen de los-las presentadores-ras, por llamar de alguna manera a estos oficianes de horror...<sup>15</sup> (*El País*, 10-1-96, 56).

<sup>15</sup> Este ejemplo muestra claramente un contexto de discurso referido, aunque el esquema no coincida con el habitual: hay una serie de indicios externos, propios del marco introductor, *empacho de vocabulario, deposiciones que caían sin cesar del jetamen...*, por lo que *mágico, sueños*, etc. pese a no estar marcados tipográficamente, responden a un patrón verbal adscribible a ciertos tipos humanos y respecto de los cuales se distancia el locutor.

Hay que tener una amnesia del tamaño del busto de Pocahontas para permitirse atribuir a los dirigentes de IU [...] La responsabilidad histórica de la llegada de la derecha al poder. (*El País*, 17-1-96, 64).

4.1. En otros casos, la marca de distancia introduce una interferencia discursiva que desgaja de la linealidad del discurso ciertos elementos léxicos como llamada de atención al lector a quien se hace partícipe del relieve o del énfasis originario:

Uno de los supuestos policías implicados utilizó en la agresión “un martillo de hierro” (*El País*, 19-12-93, 5 Andalucía).

Rosa García Carreres, que ha defendido a decenas de mujeres abofeteadas por sus maridos... (*El País*, 19-12-93, 9 Domingo).

Rojas Marcos declaró ayer que “al final” hará lo que su partido le diga (*El País*, 24-1-96, 3 Andalucía)

Si el ejército contara con evidencias claras y pruebas concretas con respecto a la participación de militares en asesinatos [...] También los suspendería [...], dijo ayer el ministro de la defensa, Mario Rená Enríquez. (Guatemala: *Prensa Libre*, 1-12-95, 4).

Obsérvese que en este último caso la cursiva subraya dos elementos de un discurso directo, por lo que presumiblemente reflejen el énfasis con que se pronunciaron en el discurso originario tales palabras, o bien ponen en tela de juicio el principio de literalidad como definidor del estilo directo. Pero también puede ser una parodia de unos patrones ideológicos, de las excusas que siempre dan los militares para no llevar a cabo

una depuración en sus filas que las purgue de los elementos que hayan cometido toda clase de tropelías y atentado contra los derechos más elementales de la sociedad. Como vemos, la heterogeneidad marcada es por sí misma ambigua.

4.2. En efecto, en muchas ocasiones el empleo de comillas puede ser ambiguo, de forma que el lector puede llegar a interpretar como literal algo que no es más que una marca de énfasis o de relevancia informativa, como sucede en el siguiente ejemplo, en el que sólo una reflexión acerca del carácter de la cita, acompañada de un análisis textual, permite reconocer el sentido último que subyace en la interferencia discursiva:

Belloch asegura que Amedo y Domínguez no le pidieron “a él” seiscientos millones de pesetas a cambio de su silencio [titular en página de huecograbado] (*Abc*, 31-12-94, 5).

El ministro Juan Alberto Belloch negó ayer durante su comparecencia ante la Comisión de Justicia e Interior del Congreso, que los ex policías Amedo y Domínguez le hubieran pedido “a él” seiscientos millones de pesetas a cambio de su silencio. [texto] (*Id*).

Belloch, ante la Comisión de Justicia e Interior del Congreso, no ofreció nuevos datos sobre el escándalo, lo que provocó la indignación del Partido Popular y de Izquierda Unida, pero negó tajantemente que Amedo le hubiera pedido 600 millones a cambio de guardar silencio, e incluso añadió que no creía que a los ex policías se les hubiera podido pasar por la imaginación que “él” les pudiera dar dinero o que pretendieran chantajear al Estado. (*Abc*, 31-12-94, 27).

Pasemos al análisis. Dentro de las convenciones periodísticas que asume el lector de periódicos, quizá sea la más general la de asignarle a las comillas una garantía de textualidad. Todos los libros de estilo señalan como la primera función de

este signo la reproducción literal, recoger el discurso que se cita garantizando la reproducción al pie de la letra. Las comillas, en estos casos, parecen actuar como lacres que ponen a salvo la responsabilidad del periodista, pues atribuyen a otro la secuencia textual tal y como fue dicha. Así pues, el lector, lejos de asignar otra función a las comillas que aíslan estos segmentos en un contexto de discurso referido, confirma la literalidad.

Sin embargo, como se ha dicho, en los textos periodísticos las marcas de heterogeneidad pueden planear sobrevolando el discurso indirecto, tiñendo el texto periodístico de ecos propios de la situación originaria, sin que sean talmente citas literales, sino más bien intentos de recoger la expresividad originaria y marcar el énfasis con que se dijo algo.

Que en los ejemplos citados las comillas no son marcas de literalidad es fácil de probar. Pese a que en todos ellos la secuencia marcada es prácticamente la misma, a él, el contexto de discurso indirecto permite inferir todos los cambios a que se ha sometido el discurso originario de Belloch, al entrar en una situación discursiva propia de la *historia* (frente a la originaria, que se producía en el plano del *discurso*: su producción lingüística fue defenderse de unas imputaciones, negándolas). En tal situación discursiva, el periodista al referir el acto de habla es el responsable locutor de un discurso que tiene como tema lo que dijo Belloch, y transfiere a sus coordenadas discursivas las de la situación originaria: los tiempos verbales propios del *discurso*, presentes y pretéritos compuestos de indicativo o subjuntivo, se convierten en tiempos de la *historia*, pretérito simple, pluscuamperfecto, etc. Asimismo, la primera persona de la situación originaria con la que Belloch se refiere a sí mismo: *yo*, *a mí*, *me*, se perciben desde la óptica de la nueva situación enunciativa, se convierten en tercera persona: *él*, *a él*. Por consiguiente, en esa nueva situación discursiva

que es narrar el acto de habla de Belloch, las comillas no pueden ser marca de literalidad, aunque así las haya podido interpretar el lector ingenuo (es imposible que en la situación originaria pudiera referirse a sí mismo en esos términos), sino que tienen que ser forzosamente una marca de distancia enunciativa cuya intención sea recalcar el énfasis con que Belloch se refirió a él mismo. De hecho, los que tuvimos la ocasión de oír al ministro socialista o de leer otros diarios somos conscientes del énfasis que puso Belloch al negar las acusaciones que se le imputaban. Incluso, en el mismo diario *Abc* en el centro de la página 27 aparecen resaltadas determinadas frases del ministro como literales:

Amedo y Domínguez no me han pedido 600 millones por guardar silencio. No creo que se les haya pasado por la imaginación que a mí se me pueda pedir eso. El Estado no puede ser sometido a ese chantaje y el ministro de Justicia e Interior tampoco.

Pero, no podemos tampoco olvidar que pudiera ser que la heterogeneidad discursiva se haya hecho para replicar en una actitud irónica lo dicho por Belloch, algo parafraseable como “eso se lo creará él solito” o “y creará que nos está haciendo comulgar con ruedas de molino”, sólo deducible a partir de datos que proporciona la situación extralingüística. En este sentido, no solamente hay que detenerse en la ideología del diario, sino que hay que acudir a la realidad política del momento y tener en cuenta la lista de escándalos atribuidos al gobierno socialista para saber la merma de crédito que tienen ya en esas fechas los ministros, el presidente y las instituciones. En tanto en cuanto el lector participa también de ese entorno, es capaz de recoger el guiño que le hace el periodista y entender correctamente el sentido de la interferencia discursiva.

Pese a todo, este tipo de marcas es intrínsecamente ambiguo, por la dificultad de rescatar la situación originaria.

4.3. En otros casos, la enunciación del propio locutor (en este caso, el periodista) se afianza como tal gracias a una interferencia léxica que remite a un exterior del discurso constituido por otra lengua. La marca tipográfica que aísla en un texto periodístico un término ajeno a la lengua, instituye otro punto de vista y la mención carga connotativamente el texto con la expresividad que le confiere la lengua originaria:

La “vendetta” siciliana a la que aludíamos ayer, se había convertido, al quedar visto para sentencia [...] en un juicio a la italiana. (*Abc*, 19-1--94, 44).

Pero luego Núñez quedó *missing* (*El País*, 20-10-94, 58).

Ya era siniestro tenerse que aprestar a escuchar las chorradas de siempre, culminadas por el tradicional mitin de despedida (*ma non troppo*) y cierre de González en Sevilla... (*El País*, 17-1-96, 64).

Para las relaciones comerciales hispano-mexicanas, 1995 fue un *annus horribilis*. (*El País*, 25-1-96, 28).

A veces, los elementos pertenecientes a una lengua extraña son moneda corriente en ciertos textos periodísticos, por ejemplo, en los deportivos; pero incluso en estos la marca tipográfica rompe la linealidad del discurso y muestra un locutor dividido, un locutor que no asume plenamente ese empleo del término.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> En ocasiones la distancia no la marca tanto el periodista como las normas del medio para el que escribe, pero aun así hay heterogeneidad enunciativa.

Su partido es el más largo que han jugado dos chicas en toda la historia del Open de Australia. Además, es el que ha alcanzado mayor número de *games* en un *set* (30) y el que ha precisado de más *games* (48) en la era *open*. (*El País*, 24-1-96, 42 *Deportes*).

4.4. Otras veces el desdoblamiento del locutor afianza su inseguridad lingüística al usar, pero desligándose de tal uso, un término que pertenece a otro registro de lengua que no es propio del texto periodístico:

Reiteró que es partidario de aplicar medidas excepcionales para *desenganchar* a los drogadictos (*El País*, 15-12-93, 24).

La derecha eclesial no *se moja*, y el movimiento Comunión y Liberación, [...] no iba a ser menos. (*El País*, 23-1-94).

O indica, a modo de prevención, el especial uso que se hace de una palabra. La marca tipográfica de heterogeneidad puede ser parafraseable como *lo que puede entenderse hoy por, si es que a esto se le puede llamar así, a lo que se ha dado en llamar X*. La mención de tal uso le permite mostrar actitudes diversas:

Los extremistas republicanos y protestantes *estudian* [como algunos dicen hoy] actualmente el plan de paz para Irlanda del Norte... (*El País*, 20-12-93, 8).

Las feministas y progresistas que creen que todas las prostitutas son víctimas y que lo mejor que se puede hacer para ayudarlas es erradicar su *profesión* [por usar un eufemismo]... (*El País*, 21-3-94, 26).

*El Rubio* [como le llaman, como se le conoce, etc.] se com-

portó tal como esperaban que lo hiciera los policías de la brigada de atracos de Barcelona. José Juan Martínez tuvo *un comportamiento de manual* [como suele decirse] al buscar el calor y cobertura de sus antiguos compinches de correrías y de su familia. (*El País*, 25-1-96, 28).

O simplemente, tratan de avisar de un uso que lleva implicaciones encubiertas:

Aznar inviste como '*barones*' a Rato, Rajoy y Mayor Oreja (*El País*, 17-1-96, 17).

Los aplicados alumnos no cesaron de hacer preguntas y tomar apuntes el primer día de *clase*, dedicado a la cocina rápida. (*El País*, 14-4-94, 28).

Detenido el '*cerebro*' del asalto al Banco Central de Barcelona. (*El País*, 25-1-96, 28).

En la lista de las *maldades* socialistas Rosa Aguilar incluyó hasta el nombramiento de... (*El País*, 22-6-95, 20).

También puede querer indicar que no es del todo apropiado emplear tal término, bien porque no existe referente a quien aplicarlo, bien porque se es consciente de su anormalidad, bien porque se esté usando un lenguaje figurado, bien porque se trate de un neologismo:

El estamento judicial, en general, es poco favorable a los *jueces estrella* (*El País*, 16-12-93, 15).

La Audiencia '*desactiva*' al juez Moreiras. (*El País*, 16-12-93, 15).

La cosecha de asistentes masculinos era también apabullante. A *los bellezos* que ya conocemos –Harrison Ford, Tom Cruise, Jeremy Irons, Jeff Bridges, Kurt Russell– se sumó una pléyade de refuerzos... (*El País*, 23-3-94, 36).

La Capitanía de Sevilla se convierte en una pequeña “*Torre de Babel*” para dirigir las maniobras “*Tramontana*”. (*Abc*, 18-11-94, 55).

Fueron literalmente asediados a “*flashazos*”. (*Abc*, 19-1-94, 44).

Belloch explicó que su *viceministra* [se refiere a Margarita Robles, por lo que no existe reconocido tal cargo político, sino el de secretaria de Estado de Interior] “ha tenido responsabilidades... (*El País*, 24-1-96, 16).

Del mismo modo que analfabetismo es la incapacidad de leer el lenguaje de las letras, el “*anaritmetismo*” sería la incapacidad de leer el lenguaje de los números. (*El País*, 24-1-96, 30).<sup>17</sup>

[...] en el auto se le imputa algo mucho más grave: haber organizado desde la cúspide del *aparato* de seguridad del Estado una organización delictiva destinada al secuestro... (*El País*, 25-1-96, 14).

La investigación, iniciada en 1987, utilizó una especie de *máquina de orinar*, que incorpora por primera vez tejido vivo procedente de un vejiga de cerdo (*El País*, 25-1-96, 30).

<sup>17</sup> Ejemplos como éste subrayan el parentesco que existe entre la autonomía y los usos metalingüísticos, en el sentido de que en ambos casos hay mención. Cfr. AUTHIER-REVUZ, art. cit, *DRLAV*, 17, 1978, pág. 55.

Lo ‘*ciber*’ [titular] Cada vez un número mayor de pasiones o cosas son *ciber*. En el ciberespacio se ha instalado un ciberbazar con su particular cibercultura (*El País*, 25-1-96, 31).

En este último ejemplo se observa un distinto comportamiento del sujeto locutor con respecto a lo que asume como propio, bien porque sea ya de uso general, *ciberespacio*, bien porque quiera marcar aquello a lo él ha puesto nombre con toda propiedad y seguridad de sí mismo: *ciberbazar*, *cibercultura*; y aquello de lo que se distancia: *ciber*. Esta distancia se marca por dos razones: porque se está empleando como acortamiento de palabra, algo que en los textos periodísticos se normaliza con marcas tipográficas (cfr. el comportamiento de *bici*, *tele*, *profe*, etc.), pero, también, por su carácter de mención metalingüística, como subcomponente de todo lo que está relacionado con las modas cibernéticas.

4.5. A veces, es fácil inferir que el periodista tiene la intención de que se perciba cierta semejanza entre lo dicho por él y lo dicho por otro que el lector recupera fácilmente de un contexto cercano, es decir, se busca explícitamente la intertextualidad y se marca o no tipográficamente:

Julio Anguita, coordinador general de Izquierda Unida lanzó ayer una propuesta política para “*el día después*” (*El País*, 19-12-93, 20).

Nuria Espert, *Divina Comedia* (*Blanco y Negro*, 10-5-98, portada).

Madrid se ‘*mueve*’ hoy por Bosnia [titular] (*El País*, 19-12-93, 5).

que remite intertextualmente al lema de la manifestación en solidaridad con las víctimas de la guerra de los Balcanes: “No te acostumbres al horror: muévete por Bosnia” con la que se abre el texto informativo.

Conservó [Mitterrand] su *gran secreto* pese a haber prometido al electorado en su primera campaña presidencial... (*El País*, 25-1-96, 12).

en relación con el título del libro *Le grand secret*, cuyo autor es el que fue médico de Mitterrand, citado en varias ocasiones a lo largo del texto por constituir uno de los puntos básicos en los que se sustenta la argumentación del editorial.

5. En resumen, las marcas de heterogeneidad responden a muy diversos motivos e intenciones por parte de quien enuncia y con ellas se introduce un punto de reflexión propio, puesto que ese desdoblamiento trae consigo una actitud que evalúa determinados modos de hablar, a la vez que se usan para construir un discurso propio y coherente. A veces, como indican M. Fernández Lagunilla y C. Pendones los elementos marcados sirven de punto de referencia para anclar la argumentación de un texto, de ahí que dentro de él puedan aparecer unas veces marcados y otras no, como sucede en esta carta al director, en la que se juega argumentativamente con la palabra *interés* (y sus derivados), alternando, en función de cómo se utilizan y de qué se quiere decir, comillas, cursiva o redonda. Algo tan externo al propio lenguaje como son los rudimentos tipográficos sirve de estrategia discursiva y se aprovecha como pálido reflejo de los cambios de entonación y alteraciones rítmicas que se darían en lo oral:

En cuanto al fastidio que le produce que el claustro de profesores elija a sus representantes según sus “intereses”, informarle [sic] que eso se llama “democracia”. El hecho de entrecomillar “intereses” no sé si connota que no tenemos derecho o conocimiento para decidir qué nos interesa, o bien que nuestros intereses son tan bastardos que no merecen tal apelativo. En cualquier caso, le agradecemos su interés por nuestros intereses. (*El País*, 28-1-96, 2 *Andalucía*).

Pero además, la cita implícita es punto de simpatía con el interlocutor, de guiño que le obliga a reconstruir sus intenciones. De ahí que pueda decirse que el hablar con palabras ajenas tiñe de expresividad el discurso en que éstas se insertan, pues constituyen una interferencia discursiva que colorean el discurso propio con los tintes que les confiere el ser usadas como mención. Y esto sucede cada vez que haya que rescatar en otro discurso las intenciones del locutor, aunque no existan marcas, como en el siguiente texto de una fotonoticia:

El popular *rastro* de Martiricos de Málaga [...], sufre cada domingo numerosos robos que ocasionan a los más de 200 vendedores que extienden sus puestos en la zona unas pérdidas valoradas en 600.000 pesetas. Los ladrones que acuden al *rastro* malagueño sustraen casi veinte mil duros por cada una de las siete horas de actividad comercial. (*El País*, 7-11-94, *Andalucía*).

La secuencia *veinte mil duros* connota un registro lingüístico más propio de vendedores ambulantes que del periodista. Por otra parte, el tipo de texto, que en parte se interpreta gracias a la foto (superposición de los más variopintos objetos viejos y usados tirados por el suelo, expuestos a las miradas de los curiosos), permite inferir tal interpretación.